

Poemas de la memoria

No puede haber mejor elogio para un escritor que el de recordar su obra, compararla, hablar de ella y de lo que dejó en el alma del lector, en esa zona incógnita y desconocida de las emociones, sobre todo si quien la evoca hace mucho tiempo que dejó las aulas y nada tiene que ver con asuntos de la literatura.

Suele producirse, a menudo, en el campo de la poesía, esa combustión sentimental alrededor de una mesa, generalmente, cuando se entrecruzan canciones y poemas que, provocado el estímulo necesariamente cordial (digamos con Ortega y Gasset que la etimología de este vocablo es "corazón" y recordar, por lo tanto, es volver hacer pasar por él las emociones que alguna vez lo sacudieron), reaparecen en esa memoria las imágenes que la palabra regala.

Porque es cierto que habremos olvidado bastante más de la cuenta de lo mucho que ha concurrido en ese torrente del tiempo de cada cual, que no tiene, éste sí, fatigas ni descansos, pero quedan, siempre ocultos y en vigilia, porfiadamente, esos versos añosos y casi desteñidos, ecos lejanos que parecieran por lo frágiles y aéreos deshacerse en pedazos, como la niebla que les invade.

Será, tal vez, porque han vivido siempre hermanados con la memoria, acompañándola con fidelidad segura, en ese espacio donde conviven el dolor y el placer.

Tiene sus riesgos, sin embargo, este acto recordatorio, nada de afrentoso. La Mistral lo hacía saber, no sin cierto mohín de disgusto cuando la sometían a homenajes y al decir de Rokha, a "condumios" de poca fe. En donde se encontrara, arremetían los infaltables arengadores, palabra en boca, con sus "piecitos descalzos" y "los sonetos de la muerte". Creían, desde luego, halagar a la Maestra. Conseguían, obsequiosamente, disgustarla. Su obra total, a su parecer, la disminuían, reduciéndola sólo a esos fragmentos. Algo parecido sucede con los poemas 15 y 20 de Neruda, amigos de la memoria.

Con otros escritores, la experiencia apunta, a veces, al otro extremo, porque sencillamente sus autores son desconocidos u olvidados o, —ligereza de la ingratitud—, nadie los nombra. Pero se les recita, lo que constituye un real y

verdadero homenaje, después de todo, el mejor. Al fin de cuentas el poema, entonces, adquiere vida propia y aunque desaparecido el genio que le dio vida sobrevive en la palabra hablada.

Como éste, "En el fondo del lago", de Dublé Urrutia, nimbado por una atmósfera familiar, en noche de invierno crudo, agitada el alma de los niños que le piden a la vieja Paulina alguno de los cuentos que por las noches sentados junto al fuego, escuchan y les hace soñar fantasías.

La fantasía de tres príncipes hermanos que corren tras la princesa cautiva. La vida, aquí también, los lleva por distintos derroteros: —el mayor que fue al norte, no regresó jamás; el otro, que era un loco, pereció en la partida, pero el menor, que era un ángel por lo adorable y bello llegó al fondo del lago... sin per-

"Será, tal vez, porque han vivido siempre hermanados con la memoria, acompañándola con fidelidad segura, en ese espacio donde conviven el dolor y el placer".

der un cabello. La fábula poética embellece la anécdota y le da un final feliz.

La otra historia, la de los niños acurrucados en torno al brasero, mientras escuchan esos vagos aullidos con que piden auxilio los vapores perdidos, comienza su despedida.

El frío y el viento penetran por el cañón ya frío de la vieja cocina. Los muchachos han sido vencidos por el sueño y la noche se vuelve más negra y fantasmal. Sólo uno de ellos, despierto, sigue soñando.

Para repetir acaso, junto a Dublé Urrutia, poeta chileno nacido en julio de 1877 y desaparecido hace algunos años, en 1967, los primeros versos de su poema memorable y memorioso:

Soñé que era muy niño y que estaba en la cocina escuchando los cuentos de la vieja Paulina...

Hugo Rolando Cortés